

JOSÉ BÁRCENA

Mis queridos clientes:

Antonio Pereira

TIENE la voz de Antonio Pereira un retintín musical aflautado, es su nariz la que lo emite. Nació en Villa Franca del Bierzo: es un leonés nostálgico hasta la pesadez, eso sí, se le perdona todo ya que su afabilidad se penetra con los que contacta.

Cuando recibió el Premio Fastenrath, de la Real Academia en 1989, sus amigos los poetas y artistas de su tertulia gijonense le ofrecieron una comida homenaje de la que os relataré algunos pasajes.

Fueron 20 personas las que asistieron al acto. Al joven poeta, paisano de Antonio Pereira, el premio Adonais Juan Carlos Mestre, se le clavó una espina de pescado en el gañorro, que le tuvo fatal hasta el punto de que le tuvieron que extraer en una clínica con bastantes dificultades la espina. Hay espinas que parecen cruces.

El editor Ramón Akal, llegó a los postres: el jovial pintor José Lucas, apuntillaba:

- Akal viene a tomar café que es más barato...

Pero no. Akal venía a comer, aunque tarde.

El poeta Eladio Cabañero, que siempre ha ido por la vida arrinconando su timidez, que cada día por ello se va encorvando más: comentaba sobre la comida:

- No es lo mismo que aproveche que alimente.

Alguien le apostillaba:

- Lo de que alimente en la guerra.

José Lucas, haciendo de anfitrión, lo que se le da de cascote, dio paso tras los postres a que se le ofrecieran las adhesiones al homenajeado.

Así. D. Carlos de la Vega con su voz de autoridad competente le clasificaba al homenajeado de erótico en esencia un nombre muy sexual, terminó leyéndole un verso verde, con sonsonete calderoniano, que empezaba diciendo:

Cuentan que Antonio Pereira un día...

El extremadamente serio poeta Ramón de García Sol decía de la persona de Antonio Pereira en un extenso discurso:

- Es grave sin presunción y alegre sin bajeza.

Luis Alonso Luengo, haciendo página de la pequeña patria Leonesa, ponía en la palestra la facultad del paisano amigo Pereira, para hacer de lo mínimo, grande en sus libros.

No se equivocó Luis Alonso. Antonio Pereira, si escribe un cuento que narre la peregrinación a Santiago de Compostela de los caminantes tanto españoles como de cualquier otro lugar; de un mínimo detalle abre las páginas a la historia misma.

Llamaba Luis Alonso Luengo faro internacional al Café Gijón.

Al malogrado poeta Jesús Acacio le oí la introducción de su adhesión, perdiéndome su chispeante labia, así decía:

- Los hombres escribiendo nos han medido por su capacidad para contar, sino por su capacidad de hacer. Los elogios que le echo al amigo no los pude oír por atender a mis obligaciones a cumplir.

Decía Eduarda Moro, la encantadora poeta:

- Es un buen escritor.

Antonio Pereira, preguntaba a la compañera de tertulia:

- ¿Eduarda de escritor mucho, pero cómo hombre qué?

En todo momento de la grata reunión se hacían bromas de tipo sexual con Antonio Pereira, que su mujer reía a veces con coloretos en el rostro por vergüenza eso sí, siempre distendidamente, sin faltar a la ética, con tacto y sutileza.

Por atender a mis comedidos de camarero me perdí varias adhesiones, no así la intervención de Antonio Pereira, que agradecía a todos el homenaje, contando que son 30 años los que lleva asistiendo al Café Gijón. Así decía, siguiendo la broma,

recordando que los momentos más gloriosos en la tertulia son cuando con la llegada de la primavera algunas tardes, se le acercan las jóvenes paisanas, que visitando Madrid, en el Museo del Prado las han dicho que en el Gijón hay tertulias; estas jóvenes se llegan para saludar a los poetas hasta el literario café y viendo al paisano lo saludan. A una de estas muchachas, estando en compañía con él Luis Alonso Luengo, la joven resultó una descarada pidiéndole que la diera un beso en la boca... Antonio Pereira entonces se estiró mucho y tiro del amigo para decirle:

- Vamos a casa y cuéntaselo a Úrsula.

Recordó Pereira a su amigo el catedrático galego D. Ramón Pedrayo, que le decía cuando le interrumpía alguien al hablar:

- Yo me he hecho catedrático para que me dejen hablar.

Terminó Pereira, su improvisado discurso diciendo que era un gusto seguir la afinidad con José Lucas, de los movimientos de esas mujeres que llevan el escote lateral, la sisa, que les arruina la decencia en el verano.

Por último dijo que no remata en práctica su teoría pícara, que lo hace sólo escribiendo.

Antonio Pereira escribe mojando la pluma en el alma. Es por ello que se ha ganado el beneplácito de los críticos así como la fidelidad de sus lectores, reconociéndoles como uno de los mejores cuentistas actuales.

Lo que yo me digo es que del cuento sólo debería vivir el cuentista, el hacedor de cuentos, como es el caso de Antonio Pereira: pero por desgracia se apuntan "al cuento" hasta los facinerosos.

José Bárcena Pontones